

se empleó el recurso acostumbrado del exterminio, pero inútilmente. Siete provincias de los Países Bajos se perdieron por culpa de un Español, el duque de Alba; las diez restantes fueron conservadas, merced á un Italiano, el príncipe Alejandro Farnesio.

Así el movimiento retrógrado que principió en el reinado de Carlos V, continuó en el de Felipe II: á la separación de la Alemania siguió la de la Holanda. Felipe II, que había gobernado á los Españoles según sus ideas y con sus medios, que había obtenido sin dificultad su obediencia y afecto con sus graves modales, con su mando silencioso, con su inalterable firmeza, dejó la monarquía adeudada é impotente. Había arruinado la marina en su lucha con Inglaterra, agotado la hacienda para reprimir la rebelión de los Países Bajos y fomentar los disturbios de la Francia, y extinguido donde quiera el prestigio de su poder.

Pero no agotó únicamente los medios materiales de un país cuyos medios morales había aniquilado Carlos V; destruyó además la autoridad real, como su padre había destruido la nación. La encerró en una estúpida soledad; la hizo invisible, recelosa, insensata; la redujo á no conocer los acontecimientos sino por las relaciones, y á los hombres al través de la desconfianza. Esta era en él tan grande que educó á su hijo en el temor y el aislamiento; no le permitía conversar con su hija (1), que era la única persona para quien no tenía secretos y que consolaba su vejez, agobiada por las enfermedades y los reveses. Cuando le fué preciso abandonar el poder á que había querido dar ensanche y cuya pérdida había temido, culpó á la Providencia de lo que era solo obra suya, la incapacidad de su hijo. Aquel príncipe que había oído la noticia de la victoria de Lepanto sin manifestar ningún contento, á quien la ruina total de la armada no había hecho proferir una palabra de pesar, se dolió del porvenir de la monarquía española: « Dios, dijo, me » ha dispensado la gracia de darme muchos Estados; » pero me ha negado un heredero capaz de gobernarlos. » El heredero que recibió de sus manos moribundas aquel depósito ya alterado, era la obra de su sistema, el descendiente de una estirpe que había degenerado en la inacción.

Al hábil Carlos V había sucedido el sistemático Felipe II; al sistemático Felipe II el inepto Felipe III, que abandonó del todo los negocios á su favorito, el duque de Lerma, que reinó en su lugar. Durante el gobierno de este favorito se dejó á un lado el sistema de Felipe II: una paz general hizo que fuesen sosegados los primeros años del nuevo siglo, y prorogó la ruina de la monarquía española. Los dos matrimonios de la infanta Ana de Austria con Luis XIII y de Isabel de Francia con el infante Felipe, estrecharon entonces débilmente las relaciones entre Francia y España. Una tregua de doce años suspendió la guerra que por espacio de medio siglo había sido incesante contra Holanda, la cual se elevó á la categoría de nación por su larga resistencia y la incapacidad de la metrópoli para sujetarla. La monarquía respiró durante veinte años en lo tocante á sus relaciones con las demás potencias.

Pero aquel reposo, en vez de robustecerla, la debilitó. No pudiendo perder provincias mientras reinase la paz, perdió parte de la población, y los restos de su prosperidad. Las razas infieles y los descendientes de los antiguos vencedores de la Península habían sido perseguidos siempre desde la caída del último reino moro. Fernando el Católico é Isabel de Castilla, por un decreto expedido en 1492, habían ordenado la total expulsión de los Judíos, que con sus capitales y su industria enriquecían la España, quedando esta privada, en virtud de tal providencia, de ochocientos mil habitantes. En 1502 los Moros, á consecuencia de

(1) LEOPOLDO RANKE, t. I, p. 120.

su sublevación en las Alpujarras, habían sido colocados en la alternativa de convertirse ó de abandonar la Península. Aparentaron obedecer; pero solo después de un nuevo decreto de Carlos V en 1526 y un nuevo levantamiento en la sierra de Espadan, cesaron del todo de profesar públicamente la religión de Mahoma.

No se limitaron á esto las exigencias de los Reyes Católicos. Destruído el dominio y proscrito el culto de los Moros, trataron de hacer lo propio respecto de sus costumbres. Felipe II, en 1566, les mandó que olvidasen su idioma, que renunciasen á los nombres y usos de sus antepasados, á las antiguas ceremonias nacionales, que demoliesen los baños que tenían en las casas, en una palabra, que mudasen de costumbres. Entonces ellos, siendo inútiles las reclamaciones, se sublevaron en las Alpujarras, pero vencidos en 1570, parte se trasladaron á África, y los demás doblaron la cerviz y volvieron á sus tareas cotidianas.

Habiendo perdido, después de la religión y del mando, las costumbres, les restaba verse privados de la patria; esto último sucedió en tiempo de Felipe III. Este rey, por el temor imaginario de que llamasen á los Berberiscos de África, para que invadiesen de nuevo la España, publicó un edicto mas cruel é inmerecido que los anteriores, mandando que en el término de tres días saliesen todos de España, bajo pena de muerte al que no quisiera expatriarse y á los Cristianos viejos que les diesen asilo. Aquellos infelices, que pasaban de un millon, dando un eterno adiós á sus antiguas habitaciones, se dirigieron á África; pero las tres cuartas partes murieron en el camino ó después de la travesía. La expulsión de los Judíos había debilitado la industria en la Península; la de los Moriscos consumó su ruina. Esta raza proscrita y desterrada no dejó en el país de sus antiguas victorias sino la tradición de la mas hermosa agricultura del mundo.

Desde Fernando el Católico á Felipe III, la España perdió mas de tres millones de habitantes entre Judíos y Moros. La pérdida de esta población activa y laboriosa le fué tanto mas sensible cuanto que las colonias de América la privaban de una parte aun mayor, y le era preciso custodiar y defender sus posesiones continentales.

Esta decadencia, que sobrevino en tiempo de paz, se hizo sentir cuando la guerra volvió á emprender, en el reinado de Felipe IV, el curso interrumpido en el de Felipe III.

Aquel príncipe fué gobernado por el duque de Olivares, que se propuso restituir á la España su importancia y grandeza antiguas, sin advertir que el reposo de esta nación era parálisis, y que el ponerla de nuevo en movimiento, nallándose enferma, equivalía á hacerla caer. Declaró la guerra á Holanda y Francia, y se siguieron los mayores desastres. España perdió lo único que le quedaba, el ejército, en Rocroy, en Lens y en las Dunas. La Holanda le arrebató la parte septentrional del Brabante, de Flándes, de Limburgo, con parte de la India Portuguesa; la Francia el Artois, el Rosellon y la parte mas meridional de Flándes y del Hainault; la Inglaterra á Dunkerque y la Jamáica. La monarquía se arruinó; las diez provincias de los Países Bajos se querían erigir en república en 1635; Portugal se separó de la corona de España en 1640 para no volverse á unir; el reino de Nápoles se sublevó en 1647; la Cataluña permaneció insurrecta hasta la paz de los Pirineos. Todo esto aconteció en tiempo de Felipe IV, á quien el conde duque de Olivares había apellidado el Grande, y que era comparado á un foso, el cual es mayor á medida que se le quita tierra.

Parecía imposible que España descendiese mas; y sin embargo, su estado fué aun mas deplorable en el reinado de Carlos II que en el de Felipe IV. Se vió sin escuadras, ejército, ni dinero: el país que había enviado mas de cien buques á Lepanto contra los

Turcos, y que había reunido ciento sesenta y cinco en 1588 (1) contra la Inglaterra, tuvo que fletar algunos propios de Genoveses para las correspondencias con el Nuevo Mundo. Después de haber puesto en pié de guerra ejércitos formidables en todo el continente, no estaba en aptitud de mantener uno de veinte mil hombres. Dueño de las minas del Nuevo Mundo, debía acudir á suscripciones para defenderse ó para subsistir. No existía ya su comercio; la mayor parte de las manufacturas de Sevilla y Segovia se habían arruinado (2); ciento sesenta mil extranjeros se habían apoderado de todos los negocios; tomaban en arriendo bienes de los grandes y de los obispos, y las rentas de los empleos; recibían 77.000.000 de los 83 que venían anualmente de América, y enviaba á aquellas comarcas 50.000.000 de los 54 de viveres y mercancías que exigía su abastecimiento (3). La agricultura estaba destruida por la mano muerta de los bienes del clero (4), por los mayorazgos de los bienes de la nobleza (5), por las devastaciones de los rebaños (la mesta), y por la indolencia nacional. La población, que había llegado en tiempo de los Arabes á veinte millones, y que después bajó á catorce, no pasaba entonces de seis (6). La inteligencia humana sentía la presión inquisitorial, y la España, que había tenido en Cervantes el genio mas original, en Lope de Vega y Calderon los autores dramáticos mas fecundos, que había producido algunos historiadores y muchos casuistas, la España no había tomado parte en la marcha continua del entendimiento. No contaba en sus anales literarios filósofos, hombres científicos ni publicistas; no había pagado su contingente de grandes ideas y grandes hombres.

La muerte lo había invadido todo; la nación, con la ruina de las libertades; el gobierno, con la destrucción de la marina, de los ejércitos, de la hacienda; la propiedad, con la cesación del trabajo, con las sustituciones, con la mano muerta; la población, con la inercia y la pobreza, y también la dinastía, por medio de la impotencia. Lo que causa la ruina de las naciones pierde á los reyes: de consiguiente, los príncipes que arruinan un país, trabajan por aniquilar su estirpe. En ninguna parte se ha manifestado mejor que en España la decadencia de una familia. Á medida que disminuye la acción de la autoridad real, las facultades de los reyes van apareciendo mas pequeñas. Carlos V había sido general y rey; Felipe II solamente rey; Felipe III y Felipe IV no habían sido ni aun reyes; Carlos II ni siquiera hombre. Habiendo nacido enfermo, de una sangre sin vigor y de una estirpe degenerada, necesitado de nodriza hasta los cinco años, y no pudiendo andar ni hablar ántes de esta edad, no solo no supo reinar, sino que le fué

(1) USTÁRIZ, pág. 194, edición en 4.ª Paris, 1753, pág. 223. ULLOA, edic. en 12.ª de Amsterdam, 1753, II parte, págs. 403 y 404; y los despachos de los embajadores franceses en el cuerpo de la obra.

(2) MOREAU DE JÓNES, *Estadística de España*, pág. 114 y siguientes.

(3) DAMIAN DE OLIVARES, SANCHO DE MONCADA, *Restauración política de España*, CAPMANY, *Memorias*; LABORDE, *Introducción al itinerario en España*, págs. 33 y 34; PENCHET, *Diccionario universal de Geografía*, en 4.ª, Paris, año VII, tomo III, p. 751.

(4) En 1817 la renta de los bienes del clero se estimaba en 150.000.000 de francos.

(5) El censo de 1723 daba por resultado seiscientos veinticinco mil nobles, uno por cada doce habitantes. El sistema de los mayorazgos, que se desarrolló en el siglo XVI, se había extendido de las tierras al dinero, de la nobleza á los ciudadanos. Carlos III fué el primero que puso límites al derecho de constituir mayorazgos. Las Castillas y la Andalucía estaban cubiertas de tierras amayorazgadas.

(6) En 1702 la población subía á 5.700.000 almas, según Ustáritz; en 1726, según el primer censo oficial, á 6.025.000; y en 1825, conforme á los registros de las parroquias, cuyos resultados dió á conocer Miñano, á 14.000.000.

imposible reproducirse. La dinastía pasó de la incapacidad á la impotencia, y no quedaba á la España mas recurso para sacarla de su abatimiento que la ley de sucesión. Era menester que el continente acudiera de nuevo en su socorro, y que el espíritu europeo, introduciéndose en ella con una nueva dinastía, la animase é hiciese salir de la inmovilidad en que yacía postrada.

De Francia le vinieron la dinastía y la regeneración. La Francia no había seguido el mismo camino que la España; sus conquistadores habían sido no los Arabes sino los Germanos; había recibido las olas fecundantes de aquella inundación todo el tiempo que salieron de sus fuentes; hañada muchas veces por ellas en el espacio de tres siglos, encontrábase llena de vida.

La división territorial de los siglos IX y X, consecuencia y fin de la conquista germánica, había servido para formar la Europa moderna. La sociedad civil de los antiguos, la religiosa del Cristianismo y la militar de la conquista se constituyeron mejor y se aproximaron mas una á otra en territorios reducidos. Pero cuando esta segunda operación, que debía constituir separadamente lo que la primera había traído y difundido, tuvo término, se necesitó de otra tercera para formar de todos aquellos territorios un solo país, de todas aquellas sociedades una sola nación.

Esta tercera operación que llevó á cabo la organización de la sociedad moderna, fué obra del poder real, el cual, extendiéndose á todo, debía conseguir asimilarlo todo. En Francia, la asimilación se obtuvo mas ordenadamente que en ninguna otra parte, y se debió á la dinastía de los Capetos que, durante siete siglos, se ocupó en establecer esa preciosa unidad de territorio, de espíritu, de lengua, de gobierno. Aquella dinastía duró lo que su misión, y contó tantos príncipes grandes cuantas fueron las cosas importantes que estaba encargada de realizar. La actividad conserva las familias, y las dificultades crean los grandes hombres.

Á fin de verificar esta conquista de reunión, la dinastía de los Capetos se fijó en el centro del país, á saber, en Paris, situado á orillas del Sena, y en Orleans, que lo está á las del Loira, para dirigirse desde allí á los Pirineos, á los Alpes, al Mediterráneo y al Rhin; pero ántes se aseguró en sus posesiones particulares y dejó que se formasen las diversas clases destinadas á ser los elementos de la sociedad moderna.

En el siglo XII, Luis el Gordo, habiéndose apoderado en sus dominios hereditarios de los castillos de los nobles, y confiscando á estos sus feudos, logró sobreponer la autoridad real á sus vasallos particulares. Á principios del siglo XIII, Felipe Augusto la sobrepuso á los grandes vasallos mediante la adquisición de la Normandía, de la Turena, del Anjou y del Maine. El uno elevó el poder real sobre el feudal en el territorio de la dinastía, el otro elevó la dinastía central sobre todas las dinastías provinciales en el territorio de Francia.

De entonces en adelante las adquisiciones territoriales, por medio de la conquista, de las donaciones, de las herencias ó de los matrimonios, continuaron sin interrupción, y se fueron uniendo sucesivamente al núcleo engrandecido de la Francia el Languedoc y el Poitou en el reinado de San Luis; la Champagne y el Lyones en el de Felipe el Hermoso; el Delphinado en el de Felipe de Valois; la Santonge y el Lemosin en el de Carlos V; la Guiena en el de Carlos VII; la Provenza, la Borgoña y la mayor parte de la Gascuña en el de Luis XI; la Bretaña en el de Carlos VIII; el Borbones, la Morea y la Auvernia en el de Francisco I; los tres obispados de Metz, Toul y Verdun en el de Enrique II; la Navarra, el Bearn, los condados de Foix, de Comminges, casi todas las valles de la vertiente septentrional de los Pirineos, y la Bresse en el de Enrique IV; la Alsacia, el Rosellon,

el Artois, el Franco Condado, parte del Luxemburgo, de Flándes, del Brabante, del Hainault en el de Luis XIV, y la Lorena en el de Luis XV.

Recorriendo el camino de sus conquistas, la dinastía no tuvo solo territorios que unir, familias reinantes que despojar; debió también someter clases, modificar legislaciones, subrogar lenguas, fundir razas en la masa nacional. Llevó consigo las costumbres, la lengua, la organización monárquica del centro de la Francia; despojó á la nobleza de la soberanía feudal, al clero de la independencia exterior, al pueblo de la constitución republicana de sus ciudades. Antes de conseguir estos objetos, halló muchas y vigorosas resistencias; todos aquellos cuyos derechos hería se sublevaron, eligiendo los momentos de flaqueza ó desgracia de la autoridad real para arrebatarle cuanto les había quitado en el tiempo de su fuerza.

Las antiguas dinastías provinciales se coligaron contra ella, durante la menor edad de San Luis. Las dinastías dotadas de heredamiento y subrogadas á aquellos, renovaron la misma lucha durante la locura de Carlos VI y en el reinado de Luis XI. Las ciudades se aprovecharon de la prisión del rey Juan y de la juventud de Carlos VI para sublevarse. La nobleza se valió de la Reforma protestante para reconquistar su independencia con la guerra civil, durante la menor edad de Carlos IX; el clero, apoyándose en el Catolicismo, quiso recobrar su supremacía por medio de la Liga en el caprichoso reinado de Enrique III; la corte se sublevó durante la menor edad de Luis XII y el parlamento en la de Luis XIV.

Estas tentativas de las provincias contra el centro, de los poderes particulares contra el poder general, fueron impotentes. La dignidad real prevaleció sobre los feudatarios de los campos, los republicanos de la ciudades, los ultramontanos del clero, y los legistas del parlamento; cada una de estas pruebas le dió la fuerza que le faltaba al principio, y salió bien de ellas, merced á un gran príncipe, quedando organizada más sólidamente. Los latrocinios de los pequeños feudatarios de la Isla de Francia formaron á Luis el Gordo, fundador de la autoridad real; la lucha con los Ingleses de Normandía, de Anjou, de la Guiana, formó á Felipe Augusto, que dió á la corona su territorio nacional; la guerra de los barones formó á San Luis, que le dió un nuevo sistema judicial con la institución de los parlamentos; la anarquía municipal de las ciudades formó á Carlos V, que le dió un nuevo sistema rentístico, estableciendo el impuesto indirecto, objeto de los contrarios esfuerzos de la corona y el país, durante todo el siglo XIV; la guerra de los Armagnac y de los Borgoñones formó á Carlos VII, del cual tuvo un nuevo sistema militar con el establecimiento de los ejércitos permanentes; la lucha de las dinastías dotadas de heredamiento formó á Luis XI, que las abolió todas, reuniendo á la corona los territorios enajenados; la Liga formó á Enrique IV, que ayasalló los partidos religiosos; la rebelión de los magnates á Richelieu, que sometió la corte; la Fronde á Luis XIV, que sujetó los parlamentos. La dignidad real triunfó siempre, y no sin merecerlo; pues la reunión de la Francia, obra suya, era preferible al aislamiento de sus provincias; un poder general, y de consiguiente pacificador, á los poderes particulares y desorganizadores, una nación á clases. Este largo trabajo preparatorio, á que se dedicó la dinastía mas bien por necesidad que con un designio fijo, sin calcular su importancia, ni querer sus consecuencias, produjo el gran cambio de 1789, en que la nación completó la obra de la dinastía.

Pero la dinastía, en medio de su marcha continua hacia la unidad de territorio y de poder, blanco de sus aspiraciones, mostró una moderación hábil. No fué egoísta ni abusó de las victorias; incorporó las provincias sin destruirlas, dejándoles los usos civiles, base de su existencia, y una parte de los pri-

villegios políticos que poseían. Organizó el país, pero sin oprimirlo; hizo entrar en la unidad nacional á todas las clases que lo componían, quitándoles aquella parte de independencia que conducía al desorden é impedía su asimilación. A pesar de que temía el valor de la nobleza, la capacidad del clero y el espíritu que animaba á la clase média, conservó, bajo la monarquía, una especie de acción democrática, la única propia para formar hombres; pidió generales á la nobleza, políticos al clero, jueces y administradores á la clase média. De donde resultó que la monarquía fuese templada por el espíritu individual, el poder moderado por las costumbres, el orden animado por el movimiento. Hubo hasta momentos de anarquía para mantener y robustecer el carácter nacional, de modo que, mediante una energía mayor y una constitución mas fuerte, ejecutase luego las cosas mas difíciles que restaban por hacer.

Francia, colocada en el centro del continente, fué para Europa lo que la dignidad real colocada en el centro de Francia para sí misma. En relación con todos los pueblos, siendo la residencia ó el término de todas las grandes ideas, se conservó allí un movimiento perpétuo de acción y de espíritu. En tiempo de Carlo Magno estuvo en comunicación con los Italianos, y reconstituyó el imperio; con los pueblos germánicos organizó la Alemania; con los Árabes, después de haberlos detenido en las Galias, fué á sembrar en España algunos gérmenes de la ruina del poder musulmán. Conservadora del espíritu religioso, así como de la fuerza militar, cooperó principalmente con sus monjes de Cluny al establecimiento de la monarquía pontificia de Gregorio VII. Desde el siglo XI al XIII se puso en relación con el Oriente, adonde Godofredo de Bullon, Raimundo de Saint-Gilles, Balduino de Flándes, Luis VII, Felipe Augusto y San Luis condujeron sucesivamente á los Cruzados de Europa. Desde 1066 hasta 1452 estuvo, por medio de la guerra, casi en continuo roce con los Ingleses; de 1302 á 1477 con los Flamencos; de 1496 á 1700 con los Españoles y los Austríacos. El movimiento que recibió de lo exterior fué variadísimo y constante.

Además de las ideas que le debieron su origen, Francia acogió todas las que nacieron en los demas pueblos. En los siglos XII y XIII residió allí el movimiento intelectual, producido principalmente por la influencia de los Árabes. Formó la escolástica y el sistema de las universidades. En el siglo XV le vino de Italia el *renacimiento*; en el XVI penetró en su territorio la Reforma, precedente de Alemania. Desde entonces la inteligencia, abierta á todas las comunicaciones, no ha vuelto á tener reposo, y la Francia es casi la única nación que ha contado cuatro grandes siglos intelectuales consecutivos, generaciones de eruditos, de poetas, de escritores, de filósofos, de hombres científicos que se suceden sin asemejarse originales hasta en la imitación.

El pueblo francés tuvo, pues, que ser lo contrario del español. La ejecución de tantas cosas, el vencimiento de tantos obstáculos, la reunión de tantos territorios, la asimilación de tantas provincias, el choque de tantas naciones, la adopción de tantas ideas, debían mantenerle sin cesar despierto y lleno de actividad, sin preocupaciones ni descanso. Mudando continuamente de sendero, le era preciso hallarse siempre dispuesto á marchar, concluir siempre con prontitud. Una penetración rápida, el espíritu de consecuencia antes que el de reflexión, un carácter mas bien sociable que astuto, mas bien impetuoso que perseverante, mucho sano juicio para rectificar los excesos de la lógica, la unidad en el territorio, en la nación, la regularidad en el idioma, un orden sistemático en las instituciones, un entendimiento claro, á propósito para todo, accesible á las ideas de todas las naciones, que ha llenado cuatro siglos con grandes ideas y hombres insignes, la actividad del

individuo, la fuerza de la sociedad; tales son las cosas que el poderoso influjo de su posición ha dado á Francia.

Es fácil de comprender que semejante pueblo debía al cabo sobreponerse al español. En una lucha de dos siglos, el triunfo es del que no se debilita, del que no se arruina. Los Españoles acamparon por breve tiempo en París á fines del siglo XVI; los Franceses fueron á establecerse en Madrid á principios del XVIII. Mientras la España decaía gradualmente, y los Reyes Católicos eran inferiores los unos á los otros, la Francia iba robusteciéndose cada vez mas, gobernada por grandes príncipes ó por grandes hombres. Un mismo sistema se siguió respecto de la España, con diversas alternativas desde el principio de la lucha entre ambos países hasta el fin.

El repentino engrandecimiento de Francia en tiempo de Carlos VII y Luis XI, y su movimiento de conquista en el de Carlos VIII, Luis XII y Francisco I, asustaron á las demas potencias europeas; de suerte que celebraron una alianza, á cuya cabeza se colocó España. Francisco I, para defenderse, habia puesto entonces las bases del sistema político que debia abrazarse contra la casa de Austria. Para resistir á su adversario, emperador de Alemania, jefe del partido católico en Europa y rey de España, habia buscado la alianza de los príncipes alemanes y del partido protestante. Este sistema no tuvo efecto al principio.

Los reyes de Francia se habian mezclado imprudentemente en los asuntos de Italia. Ante todo era preciso desocupar aquel país, lo cual se verificó en tres épocas y bajo tres reinados: Luis XII abandonó el reino de Nápoles, conquistado por Carlos VIII; Francisco I perdió el Milanésado, conquistado por Luis XII; Enrique II cedió el Piemonte, invadido por Francisco I. Esta cesión, que completó la vuelta á Francia, fué llevada á efecto con la paz de Cateau-Cambresis, en 1559.

Habia precedido á aquella paz, que se celebró después de la derrota de San Quintin, un esfuerzo contra la casa de Austria, coronado por la fortuna. Enrique II habia dado un paso mas que su padre en el sistema de las alianzas protestantes. Francisco I visitó á los príncipes confederados en Smalkalde; Enrique II se alió y combatió con ellos. Felices consecuencias de esta union fueron la toma de Toul, de Metz y de Verdun, la ruina de los designios de Carlos V, su abdicación, y la división de la casa de Austria en dos ramas, la cual, con su imponente unidad, habia oprimido hasta entonces la Europa. Pero en 1559 se estipuló una de las grandes treguas que suspendieron la lucha entre Francia y España; los dos pueblos hicieron alto para descansar, y las dos dinastías se ligaron por medio de matrimonios.

La muerte de Enrique II, la menor edad ó la debilidad de sus hijos, las guerras civiles que turbaron su reinado, y á que dieron origen las ideas religiosas que agitaban aquel siglo, pusieron término á esta suspensión de hostilidades. La España, distante como estaba del centro de la Reforma, y altamente animada por el espíritu contrario, cerró toda entrada á las nuevas doctrinas. La creencia antigua se hallaba profundamente arraigada en el suelo de las dos penínsulas sujetas á la dominación española. Italia reconocía que era deudora de la dirección moral del mundo al Catolicismo; España que le debía su existencia como nación. No podía, pues, introducirse allí el germen de otra creencia, ó si se introducía, tenia que ser sofocado al poco tiempo. No sucedía lo propio respecto de Francia: el principio que presidía á su formación era la unidad; el espíritu que mantenía la acción de su principio era la contradicción; de donde se sigue que la Reforma debia introducirse en aquel país, pero no dominar. Debía introducirse para fomentar el movimiento y engrandecer la inteligencia;

no debia dominar, porque toda idea que penetrase en Francia tenia que subordinarse á su principio organizador.

La larga y sangrienta lucha entre ambas creencias animó á los Españoles á romper la tregua de 1559. Apoyados por el partido católico francés, que no queria permitir á la corona que tolerase la Reforma, y aun ménos que la profesase, volvieron á prevalecer durante algun tiempo. Felipe II gobernó la Francia; puso guarnición en París, en Ruan, y en muchas grandes ciudades del reino, y trató hasta de colocar en el trono de Francia á su hija Isabel. Por instigaciones suyas, los Estados de 1593 escogieron como tema de sus deliberaciones el cambio de la ley sálica y la exaltación de una nueva dinastía; pero el espíritu del país fué tan nacional, y la virtud de la ley fundamental tan fuerte, que el partido católico no osó llegar á aquel extremo. Mas aunque la idea católica hubiese hecho reinan en Francia por corto tiempo á la casa de España, como la idea feudal, cincuenta años ántes, habia hecho reinan á la casa de Inglaterra, Enrique IV hubiera arrojado del trono á Isabel, aun mas fácilmente que Carlos VII á Enrique VI. Era una de aquellas crisis de que siempre triunfaba la monarquía, y que le daban un gran príncipe y una constitución mas robusta.

Vencida la Liga, Enrique IV consiguió que viviesen en paz los partidos religiosos, uno junto á otro; con respecto á la España, adoptó el sistema de Enrique II y de Francisco I, ampliándolo. Formó alianza con Holanda, Inglaterra, Suiza y los príncipes protestantes de Alemania, y durante su reinado el partido español cayó en una debilidad de que jamas se repuso. La paz de Vervins en 1597, y los dos matrimonios de Luis XIII con Ana de Austria y de Isabel de Francia con el infante Don Felipe, heredero de la monarquía española, en 1612, señalaron una nueva intermitencia en la lucha. El débil Felipe III y el menor Luis XIII no podían renovar la antigua contienda entre ambos países; pero en cuanto el último llegó á la mayor edad, el cardenal de Richelieu, siguiendo la senda trazada por Enrique IV y Francisco I, se adelantó mas de lo que estos habian hecho. Francisco I habia luchado con constancia, pero sin éxito feliz contra la casa de Austria; Enrique IV la habia resistido gloriosamente; el cardenal de Richelieu la abatió.

Este ministro realizó lo que su rey no debia ni podia llevar á efecto por sí solo. Dotado de carácter firme y resuelto, vió con claridad todas las cosas que puso en ejecución, lo que no acontece siempre á los grandes hombres. Su conducta marchó de acuerdo con sus designios. «Prometo al rey, dijo, emplear » toda mi habilidad, todo el poder que le plazca con » cederme en destruir el partido hugonote, humillar » á los grandes, obligar á todos sus súbditos al cumplimiento de su deber, y elevar entre las naciones » extranjeras su nombre al punto que le corresponde » ocupar (1). »

Y lo consiguió. Desarmó á los protestantes como partido político, quitándoles el baluarte hasta entonces inexpugnable de la Rochela, y los lugares de seguridad de que eran dueños desde el edicto de Nantes, y no dejándolos subsistir sino como secta religiosa. Hizo doblar la cabeza á los mas soberbios ante la majestad real, y abatió á los que se resistieron. Se coligó con Holanda, con los príncipes alemanes, con el rey de Suecia y con el duque de Saboya contra la casa de Austria, que recibió de él terribles golpes. Pagó 4.000.000 (2) á sus aliados que tenían tropas, pero no dinero. Tuvo sobre las armas hasta ciento cincuenta mil infantes y treinta mil ca-

(1) Testamento político del cardenal de Richelieu, p. 9 del II tomo de la Colección de los Testamentos, edic. en 12^o, Amsterdam, 1749.

(2) Id. pág. 67 y 68.

ballos, y gastó 60.000.000 al año para la guerra (1). En tiempo de Enrique IV, Francia no contaba un solo navío, y Richelieu la proveyó de una considerable marina, compuesta de veinte galeras y veinte navíos en el Mediterráneo, y de sesenta navíos en el Océano (2); realizando todas estas cosas en medio de las intrigas y los peligros, obligado incesantemente a disputar á la madre, al hermano, á los favoritos del rey una autoridad de que se servía para engrandecer el poder del Estado. Hasta tuvo que luchar con las repugnancias y el cansancio del rey, el cual no le conservó sino porque le necesitaba.

El cardenal de Richelieu murió antes de haber completado su obra; pero encargó su continuación al cardenal Mazarino, á quien él mismo eligió para que le sucediese. La condicion de Mazarino era aun mas difícil, por la circunstancia de ser extranjero, y de tener que gobernar durante una regencia. Secundó sin embargo las miras de su predecesor, terminando sus empresas con una destreza y una perseverancia que afirmaron su autoridad, y elevaron el Estado á la cumbre de la grandeza. Así dos eclesiásticos ilustraron la debilidad de un príncipe mayor de edad, y la infancia de otro menor, cumpliendo la mision que las necesidades del país exigían de la corona, pero que superaba á la voluntad ó á los pocos años del soberano. Entónces la Iglesia formaba los grandes políticos, desarrollaba el valor propio del hombre, y añadía la fuerza del grado.

Mazarino tenia la costumbre de decir que poseyendo el corazón, se posee todo (3); y por eso se aseguró el corazón de la regenta. Richelieu se habia dirigido al sano juicio de Luis XIII, que habia reconocido su indispensable utilidad. Mazarino se apagó en la pasión de Ana de Austria, que no pudo resolverse nunca á separarse de él. Para gobernar, el uno inspiró respeto, y el otro amor.

Mazarino tenia un alma grande, previsora, fecunda, un juicio claro y recto, una índole ántes flexible que débil, mas bien perseverante que firme. *El tiempo y yo* (4), tal era la divisa de Mazarino. No obraba por inclinación ó por repugnancia, sino por cálculo: la ambición prevalecía en él sobre el amor propio, y dejaba decir con tal que le dejasen hacer. Insensible á las injurias, cuidando solo de no recibir ningun reves, sus adversarios no eran para él enemigos; cuando se sentía débil, cedía sin vergüenza; cuando se encontraba poderoso, los encarcelaba sin odiarlos. Richelieu habia condenado á muerte á los que se lo oponían; Mazarino se contentaba con encerrarlos en una prision, al cadalso substituyó la Bastilla. Juzgaba á los hombres con rara penetración; pero al mismo tiempo observaba qué juicio habia pronunciado ya la voz pública acerca de ellos. Ántes de conceder su confianza á alguno, preguntaba: *¿Es afortunado?* Y no era porque se sometiese ciegamente á los accidentes de la fortuna, sino porque *ser afortunado* equivalía, en su opinion, á poseer un entendimiento que prepara la fortuna y un carácter que la domina. Léos de desalentarse, estaba dotado de una constancia inaudita, á pesar de sus variaciones aparentes. Resistir en ciertos casos y á ciertos hombres, no le parecia

(1) Testamento político del cardenal de Richelieu, t. II, pág. 68. Desde 1600 á 1610, en tiempo de Enrique IV, el gasto total del ejército no habia excedido de 6.000.000 (13.000.000 de hoy) y el número de las tropas no pasaba de tres mil hombres de caballería y siete mil de infantería. *Investigaciones sobre la fuerza del ejército francés*, por el teniente general Grimoard. Paris, 1806, en 8º, editores Treuttel y Würtz, pág. 2-5.

(2) Id. pág. 67.

(3) Carta del cardenal Mazarino á Luis XIV, del 28 de agosto de 1659, en el tomo I de las *Cartas de Mazarino*, pág. 308, edic. en 13º, Amsterdam, 1743.

(4) Introducción á las *Memorias concernientes á la Frontera*, por PETITOT, t. XXXV, pág. 41.

fortaleza, sino torpeza. De consiguiente, no cedía sino para empezar de nuevo; no partía sino para volver. La Rochefoucauld, uno de sus mas ingeniosos antagonistas, dijo de él, « que tenia mas atrevimiento en el corazón que en la mente, al contrario del cardenal de Richelieu, el cual poseía un entendimiento audaz y un corazón tímido (1). » Si el cardenal de Richelieu, que tenia momentos de desanimación, hubiese perdido el poder, no le hubiera recobrado; al paso que Mazarino, fugitivo por dos veces, jamas se envileció; gobernó desde su destierro, y fué á morir en la plenitud del mando y en la grandeza mas elevada. Mazarino continuó su tarea de debilitar la casa de Austria, á pesar de las dificultades con que se vió obligado á luchar en lo interior. La menor edad de Luis XIV fué turbada como todas las precedentes. Francia, encorvada bajo la mano de Richelieu, saltó á modo de un resorte largo tiempo comprimido, y apareció la Frontera. No fué una tentativa de reforma; sino un movimiento característico. Los antiguos intereses de clase no eran ya bastante fuertes, y el interés general no se habia manifestado aun con la distinción suficiente para suscitar una verdadera guerra civil ó una revolución formal. El vicario general no podia rehacer la Liga, ni el príncipe de Condé representar el papel del duque de Guisa, ni el parlamento reemplazar á la dignidad real. Por eso se vieron facciosos sin designio fijo que se complacían en la guerra civil, que formaban partidos, cuya duración equivalía á la de una intriga, que urdían alianzas para romperlas segun les sugirían la inconstancia de sus caprichos ó la movilidad de sus intereses. En medio de aquellas insensatas agitaciones que alteraron por un momento la prudencia de Turenna, que dirigieron la espada de Rocroy en las manos del gran Condé contra Francia, y que obligaron al cardenal de Retz á hacer un uso tan pobre de su ingenio, solo hubo una voluntad firme, la de Ana de Austria; un hombre de sumo juicio, Mazarino.

La Frontera duró cuatro años. Mazarino habia tenido tiempo de llevar á cabo el abatimiento de la rama alemana de la casa de Austria. Despues de largas y hábiles negociaciones, facilitadas por los triunfos combinados de la Suecia y la Francia, habia celebrado la paz de Westfalia. Aquel glorioso tratado constituyó á la Alemania contra el Austria, y subordinaba el imperio al emperador. Confirmó á la Francia la posesión de los tres obispados de Metz, Toul y Verdun, y añadió á ellos la Alsacia.

El abatimiento de la rama española, que tuvo principio en Rocroy y en Lens, fué interrumpido por la guerra civil. Sin embargo, Mazarino no apartó nunca la vista de aquella idea, si bien el deseo de su conservación parecia deber hacérsela olvidar enteramente. Pero habiendo vuelto de un modo definitivo al poder en 1652, se dedicó con un ardor coronado de feliz éxito á cumplir esta segunda parte de su empresa. Los Españoles, derrotados en las Dunas, obligados á capitular en Dunkerque, privados de la Cataluña, amenazados en los Países Bajos, tuvieron que pedir la paz. El tratado de los Pirineos fué en 1659 para la España lo que el de Westfalia habia sido para el Austria en 1648, esto es, la declaración de su debilidad.

El hábil Mazarino, con la adquisición de la Alsacia, habia extendido hasta el Rin la frontera de la Francia; con la conquista del Rosellon y de la costa septentrional de la Cerdeña la llevó hasta la cúspide de los Pirineos; abrió á sus ejércitos los Países Bajos mediante la cesión del Artois y de parte del Luxemburgo y del Hainault en favor de la Francia. No contento con haber asegurado á esta la preponderancia en Europa, para hacerla aun mas poderosa en lo porvenir, formó la Confederación del Rin contra el Aus-

(1) *Memorias de la Rochefoucauld*, p. 374 del t. LI de la colección Petitot.

tria, y proporcionó á Luis XIV un pretexto de sucesión á la corona de España casándole con la infanta María Teresa. Despues de realizar todas estas grandes cosas, que le daban derecho para decir que *si no era Frances por el idioma, lo era por el corazón*, murió.

Al gran ministro sucedió el gran rey. Mazarino habia humillado á la casa de Austria en España; Luis XIV la arruinó totalmente. Este príncipe tenia veintidos años cuando empezó á reinar por sí solo. Su educación habia sido desuadada. En su niñez su camarero le servía de maestro de historia, y le adormecía refiriéndole la vida de sus abuelos (1). Ya joven, no amó al cardenal Mazarino, y su alma de rey se habia resentido de verle cercado de guardia, al paso que él estaba olvidado, por lo cual le llamaba el *gran turco* (2). Pero luego depuso ó tuvo ocultos estos sentimientos de repugnancia cuando supo apreciar los servicios que aquel gran ministro habia hecho á su corona, y pudo sentir respeto hácia su gran capacidad; dejando que Mazarino mientras vivió le gobernase de un modo absoluto, fuese efecto de su gratitud ó de la costumbre. Huía de los negocios, y se entregaba á las diversiones, disimulando su voluntad futura bajo una prolongada condescendencia con la autoridad de su ministro (3), y su corte estaba muy distante de creer que llegase á ser un gran monarca. Pero Mazarino le habia conocido. El mariscal de Grammont, viendo que Luis XIV pensaba únicamente en divertirse, sin mostrar por ello el menor sentimiento, habia dicho al cardenal, que conservaría el poder toda su vida. Mazarino le contestó: *No le conocéis; ¡hay en él tela para cuatro reyes!* (4).

Próximo ya á morir, Mazarino daba á Luis XIV nociones generales de política. Le aconsejó que enfrenase sus pasiones, para obrar siempre como rey, que elevase lo ménos posible á los príncipes de la sangre; que no se familiarizara con los cortesanos, que conservase, respecto de los negocios, el secreto mas impenetrable, único medio de conseguir un buen resultado; que cultivase su talento natural para el disimulo; que no tuviese primer ministro (5).

El día que siguió á la muerte de Mazarino, Luis XIV, obrando como amo, empuñó las riendas del gobierno, y declaró que de allí en adelante lo dirigiría todo por sí. Decidió despachar dos veces al día con sus ministros, y dedicarse seis horas al examen de los asuntos del reino. Prohibió á los cuatro secretarios de Estado que firmasen nada sin consultarle ántes; al canceller que estampase el sello en documento alguno sin su orden, al superintendente de hacienda que pagase ninguna suma sin su conocimiento (6). Tuvo reunido el consejo tres dias consecutivos para informarse de la administración del país (7). Esta resolución que adoptó, no sin cierto temor, dejó á todos asombrados. Su madre se rió, los cortesanos creyeron que era un fuego fatuo, los ministros confiaron en que Luis se cansaría (8); mas él perseveró cincuenta y cuatro años en su propósito.

Luis XIV tenia una ambición ilimitada y un deseo

(1) *Memorias de la Porte*, camarero mayor de Luis XIV, páginas 247-257, edic. en 32º, Ginebra, 1756.

(2) Id. pág. 256.

(3) El rey no se mezclaba en nada. El cardenal no iba nunca á su habitación; pero él se dirigía dos veces al día á la del cardenal, obsequiándole como un simple cortesano. El cardenal recibía al rey con la mayor libertad; levantábase apenas cuando entraba y salía, y jamas le acompañó fuera de su habitación. *Memorias de Monlat*, pág. 3 del tomo LI de la Colección Petitot.

(4) *Memorias de Choisy*, pág. 491 de la Colección Petitot. El cardenal dijo otra vez, hablando de Luis XIV: *Se podrá en marcha algo mas tarde; pero irá mas lejos que ningun otro*. Id. página 192.

(5) Id. págs. 189 y 190.

(6) *Memorias de Luis XIV*, t. I, pág. 49-24.

(7) *Memorias de Choisy*, pág. 222.

(8) *Memorias de Luis XIV*, tomo I, pág. 36 y 37.

desordenado de gloria; ningun príncipe de su estirpe disfrutó de mas poder que él. Fué grande hombre; pero como rey, su grandeza fué mucho mayor; creía que la dignidad real procedía de Dios, y que de él recibía una ilustración proporcionada á sus deberes. Sus máximas eran: que se reina con el trabajo; que las funciones de rey consisten en dejar obrar al sano juicio; que un rey debe decidirse por sí mismo, pues la decisión necesita de cierto espíritu de señorio; que en los casos en que la razon no aconseja, debe entregarse á los instintos de que Dios ha dotado á todos los hombres, y principalmente á los reyes (1).

Conforme á estas máximas, fué activo y resuelto. Poseía una incontrastable grandeza de voluntad; apreciaba las circunstancias mas menudas; ponía por obra hábilmente las determinaciones que habia adoptado. Pero, si bien provisto de un juicio recto, no tenia el discernimiento profundo, ni la sagacidad de Mazarino, ni de Richelieu. Tomó demasiadas veces su pasión por su deber, su confesor por la conciencia; le faltó moderación por faltarle inteligencia, y aunque muy amante de su autoridad, se dejó dirigir toda su vida por los que lo excedían en talento. Lionne, Louvois y madama de Maintenon adquirieron sucesivamente grande imperio sobre sus decisiones; pero lo disfrazaron de manera que en el primero pareció consejo, en el segundo adulación y en la última cariño. Dieron en consecuencia distintos aspectos á su reinado, al cual él mismo imprimió la tendencia uniforme de su carácter. La sucesión de España fué el pensamiento que dominó en todo el reinado de Luis XIV; ocupó mas de cincuenta años su política exterior y sus ejércitos, constituyó la grandeza de su principio y las miserias de su conclusion.

Desde que las dos casas que gobernaban la España y la Italia se encontraban frente á frente hacia siglo y medio, habia existido entre ellas, segun hemos visto, una lucha encarnizada, con algunos momentos de reposo. Uno de estos fué el año 1659: el tratado de los Pirineos y el matrimonio de María Teresa con Luis XIV habian pacificado ambos países y reconciliado ambas familias; pero esta paz no debia ser mas eficaz que las de Vervins y Cateau-Cambrésis. Al contrario, aquel matrimonio debia hacer que estallase de nuevo la guerra inmediatamente, y dar materia al último acto del drama que se representaba hacia mucho tiempo entre las dos casas. Francisco I habia luchado difícilmente con la casa de Austria; Enrique IV habia triunfado de sus ataques; Richelieu y Mazarino la habian humillado; solo restaba despojarla, y esto lo ejecutó Luis XIV.

Recelando que así sucediese, se impusieron condiciones al matrimonio de Luis XIV con María Teresa en 1659, y al de su padre Luis XIII con Ana de Austria en 1612. Los desmedidos engrandecimientos del siglo xvi, y las guerras emprendidas para conseguirlos ó estorbarlos, habian hecho nacer en los hombres del siglo que siguió prudentes ideas de equilibrio, que se oponían á la union de dos monarquías tan vastas como Francia y España en una sola cabeza; y en atención á que las leyes de España permitían á las mujeres ceñirse la corona, se habia exigido de las infantas casadas en Francia que renunciases formalmente á la herencia de la monarquía española, estipulándose así en el contrato matrimonial; renuncia que modificó respecto de ellas la ley fundamental del Estado. Luis XIII y Luis XIV habian convenido en tal medida; pero el último pensaba faltar á ella, siempre que el caso previsto se efectuase.

Cuando él empuñó el timon del Estado, reinaba la paz en toda Europa. Las grandes cuestiones que la habian agitado por cerca de cincuenta años, se habian resuelto ya; el tratado de Westfalia habia terminado la guerra de supremacía entre el emperador y el im-

(1) *Memorias de Luis XIV*, tomo I, pág. 19, 21, 43, 44.